



## **EL P. TIBURCIO ARNAIZ, S.J.**

Había nacido Tiburcio Arnaiz Muñoz el 11 de agosto de 1865 en el Valladolid de ese siglo XIX, en el que, aunque su fuente de ingresos estaba en la agricultura, también quedaban pequeñas industrias artesanas dedicadas a tejer. Una de ellas era la del padre de Tiburcio, D. Ezequiel, nacido en Cantibrana en la provincia de Burgos, que falleció en mayo de 1870, cuando él no había cumplido los cinco años. Necesariamente su madre, Dña. Romualda Muñoz, ella sí del mismo Valladolid, tuvo que ingeniárselas para sacar adelante a sus dos hijos, Tiburcio y Gregoria que le llevaba siete años. De ahí que, como hermana mayor, mientras la madre trabajaba, ella se ocupara de la educación del más pequeño.

A los trece años ingresó Tiburcio en el Seminario, nada extraño en el hijo de una familia muy cristiana como la que habían formado sus padres. De carácter alegre y juguetón, pronto se ganó la estima de sus profesores y compañeros, mientras estaba como interno. Cuando ya cursaba los estudios de Filosofía y Teología, prefirió hacerlos como externo, cosa frecuente en aquella época, para poder ejercer de sacristán en las Dominicas de San Felipe de la Penitencia y así poder ayudar a la economía de su casa. A veces llegaba tarde para abrir la puerta de la iglesia por la mañana y las religiosas avisaban a la recadera del convento para que la abriera. Lo hacía, pero después regañaba severamente al seminarista. Fue entonces, cuando se puso de manifiesto la humildad de éste, reconociendo que tenía razón, y dejando admiradas a las religiosas que comenzaron a vislumbrar la virtud de su sacristán. Una de ellas, sin aparente fundamento, comenzó a decirle que un día sería jesuita.

### Sacerdote joven

Cuando se acercaron las fechas de su ordenación, comenzó Tiburcio a sentirse más serio y concentrado en sí mismo; su madre y hermana pensaron que dudaba de la vocación. Pero un día se sinceró con una de las monjas, a la que tenía que tratar más de cerca por su oficio, y le declaró que no era eso, sino que sentía la gran responsabilidad del paso que iba a dar. Lo ordenó de sacerdote, el 20 de abril de 1890, D. Mariano Miguel Gómez, en la capilla de de su arzobispado, y ya, siendo diácono, se le había conferido el título de Párroco de la Visitación, de Villanueva de Duero, pequeño pueblecito cercano a Valladolid. En la celebración de su Primera Misa procuró la sencillez y la intimidad.

Por consejo de su compañero de seminario y gran amigo Antonio Membibre, que lamentaba el verle en una parroquia tan pequeña, hizo concurso en Ávila, donde le dieron el curato de Poyales del Hoyo. Durante nueve años trabajó denodadamente en dicha parroquia, que había encontrado un tanto venida a menos, y la transformó con su esfuerzo, su bondad hacia mayores y niños y su habilidad para hacer superar los defectos que existían en los feligreses. El 19 de diciembre de 1896, nuevamente animado por Membibre, que se doctoraba en Filosofía y en Derecho Canónico, él lo hizo

en Teología, en Toledo, la Diócesis Primada de España, único centro que en aquella época podía dar esos títulos. Pero ni la Providencia, ni los afanes apostólicos de Arnaiz le llevaban por ese camino de dedicarse al estudio.

Cuando falleció su padre, al no tener él todavía los 5 años, no le pudo influir demasiado, pero, llevando ya varios años en Poyales del Hoyo, moría Dña. Romualda y entonces sí se sintió profundamente huérfano: la quería con toda su alma, correspondiendo al amor maternal que ella le profesaba. «Cuando me veía al lado de mi madre, creía que nada me faltaba en el mundo», confesó años más tarde a otro jesuita. Tomó, entonces, la decisión de vivir en adelante sólo para Dios: «A mí no se me vuelve a morir nadie, porque voy a morir yo a todo lo que no sea Dios». Comenzó a pensar en hacerse religioso. También Gregoria, su hermana, daba vueltas en su cabeza a la misma idea y una noche, después de rezar el rosario los dos hermanos y leer la vida del santo del día, se lo propuso a Tiburcio.

### En la Compañía de Jesús

Gregoria entendió pronto que su sitio debía ser el Convento de dominicas de S. Felipe de la Penitencia. A Tiburcio le costó algo más; no obstante, al dejar a su hermana en el convento en Valladolid, dijo a una de las religiosas «He tenido algunos impulsos de irme a la Cartuja de Burgos; pero me he decidido a entrar en la Compañía por lo mismo que en ella todos son listos y santos y, forzosamente, habré de ser el último de todos». Comprobando que Gregoria se encontraba centrada en su nueva vida, se despidió de ella con un «Pues, entonces, ¡hasta el cielo!» que, presumiblemente, habrían acordado entre los dos.

Entraba Arnaiz en el Noviciado de Granada con 37 años, el 30 de marzo de 1902. Hasta el año 1909 estuvo en aquella casa. Una vez terminados los dos años de noviciado, y hechos los llamados entre los jesuitas Votos del Bienio, al tiempo que repasaba sus estudios anteriores, desempeñó el cargo de Superior de los otros estudiantes jesuitas aún no sacerdotes, mientras salía a algunos ministerios.

Tuvo que dar una misión en Otura, pueblo cercano a Granada. El párroco lo recordaba pasado el tiempo. «Nunca se me olvidará la impresión que me causó. Todo su exterior estaba como envuelto en un ambiente de humildad, modestia y mortificación tan grande que atraía las miradas de todos. Su trato era tan amable, lleno de caridad y unción que enseguida las almas quedaban presas de aquella dulzura. Pero donde más se notaba aquella caridad era en el púlpito, pues parecía que de su palabra brotaba fuego que venía a encender en el corazón de sus oyentes actos de contrición y amor a Dios, como muchos de ellos me lo aseguraron. Por todo ello no pude menos de decir de él a los otros padres: Tienen Vds. un santo en la Compañía».

Antes de marchar a Loyola, donde hizo lo que se llama en la orden la Tercera Probación, fue destinado a Murcia. La gente más tocada por la fe lo conoció en seguida, le veía como hombre de Dios que llamaba la atención por su incansable celo de la salvación de las almas y la reciedumbre de su espiritualidad. Allí realizó su primera obra social: con la ayuda de algunas personas buenas, abrió una casa para jóvenes que llegaban a la ciudad para trabajar como sirvientas y tenían que dormir en un pajar en las afueras. Fueron dos años los que pasó en Murcia, pero ya quedó para siempre vinculado a esa ciudad. Para atender a las escolares a las que había dado Ejercicios, se valió como de intermediaria de una de sus profesoras, religiosa de Jesús María, a la que él llamaba la madrecita. Comenzó así su epistolario que le dio abrumador trabajo

toda su vida, teniendo que aprovechar hasta sus viajes en tren o la espera en una estación para escribir sus cartas.

Pasada la Cuaresma de 1912 que, como experiencia del curso pasado en Loyola, anduvo por Canarias en diversos ministerios sacerdotales, fue destinado a la residencia de Málaga donde permanecería hasta su muerte, excepto el curso 1916-7 que estuvo destinado en Cádiz por el deseo del obispo de dicha diócesis. Al fallecer el obispo fue destinado de nuevo a Málaga donde lamentaban su ausencia. Pero por ese año había quedado vinculado a Cádiz y a su provincia. Una de sus preocupaciones fue La Línea por la necesidad espiritual en que se encontraba. Después de dar una misión vio la necesidad de abrir allí una escuela, pues no había ninguna católica. En ella mantuvo a sus catequistas al frente de la misma hasta que pudo entregarla a las Hijas de la Caridad. Y lo mismo había hecho en la pequeña población cercana, llamada Campamento,

En Málaga buscó la ayuda de almas buenas, señoritas principalmente de la clase más acomodada, con las que comenzó un trabajo original y abnegado, pero de gran eficacia social y apostólica. Así se pudo decir que el Evangelio era predicado hasta en los corralones, viviendas humildes alrededor de un patio común, donde vivían hacinadas numerosas familias. Pone una maestra al frente de una escuela unitaria donde se enseña a leer y a escribir y a hacer cuentas. Y allí van las señoritas a enseñar las verdades esenciales de la fe. Cuando éstas le habían preparado el ambiente, acudía él a tenerles unos breves días de predicación y a administrarles los sacramentos. En poco tiempo se van transformado aquellos barrios, unos veinte fueron, por donde antes ni podía aparecer un sacerdote. A él mismo le habían tirado, en una ocasión, hasta una rata muerta.

### Las Doctrinas Rurales

Pero él había dicho, desde el comienzo de esa tarea, que su idea era ir a las aldeas y cortijadas adonde nadie llegaba. Cuando encontró a la persona adecuada, una asturiana llamada M<sup>ra</sup>. Isabel González del Valle, abre en la Sierra de Gibralfalga, entre Cártama y Pizarra, la primera doctrina rural. Las señoritas pasan meses, viviendo humildemente entre los humildes, levantando el nivel cultural y religioso de aquellas buenas gentes. Hubo de crear un estilo propio para un apostolado propio. Estas doctrinas rurales las llevó siempre en su corazón: iba frecuentemente a animar a las catequistas y a ofrecer los sacramentos a las gentes del campo. Fueron unas 22 las que se tuvieron por la provincia de Málaga y la de Cádiz principalmente hasta su muerte. Desde entonces las continúan, por una y otra parte de la geografía española, las que siguiendo a María Isabel, se llaman Misioneras de las Doctrinas Rurales. Fue, sin duda alguna, su gran obra. Pero hay que reseñar todavía que, ayudado por el Conde de Guadalhorce construyó un colegio para niñas en El Chorro, mientras los obreros trabajaban en la construcción de los pantanos, junto con una pequeña iglesia que hoy es la parroquia de aquel pueblecito de Málaga. Y lo mismo hizo en esa cercana zona rural, Las Mellizas. Ya había construido la iglesia de la primera doctrina en La Sierra de Gibralfalga, Pero es forzoso añadir que fue el alma de la fundación del Carmelo de Ronda, donde se conserva la mano de Santa Teresa de Jesús. Por fin, todavía en los últimos años de su vida, con el apoyo de un matrimonio conocido, abriría una casa en la calle Cañaverel para señoras venidas a menos, en la misma Málaga.

Mas su labor no se limitaba a esas tareas que podríamos llamar fijadas. El iba adonde le llamaban a predicar la palabra de Dios. Se cuentan 91 misiones populares, predicadas en ciudades y pueblos, 140 tandas de Ejercicios Espirituales dirigidos a

sacerdotes, religiosas, maestros y señoritas de diversas asociaciones. Las novenas parece que fueron 70. Y además hay que añadir los triduos y otras predicaciones para preparación de recepción de sacramentos a colectivos más necesitados, etc. Para toda esa labor, se comprende que hubo de recorrer numerosas ciudades y poblaciones menores, y a muchas de ellas más de una vez, de las que después no podría recordar nada, pues se limitaba en ellas a su ministerio sacerdotal. Sí se desvivió por fundar o consolidar asociaciones que mantuvieran el fervor suscitado con su predicación. Mantuvo una numerosa correspondencia de dirección espiritual y atendió al confesionario insistentemente. Parece imposible la actividad que mantuvo durante esos años que Dios le concedió de vida, mayormente en un hombre que se entregaba a toda clase de penitencias corporales, siendo voz común que en las misiones no se acostaba en la cama y solo comía el primer plato que le pusiesen. Todo lo explica su deseo de la salvación de las almas, por las que no se permitió la más mínima atención a su cuerpo.

### El Pacto con el Corazón de Jesús

No se puede omitir, al hablar del P. Arnaiz, su pacto con el Corazón de Jesús. Consistió en que, si le concedía diez años de vida, él los dedicaría a un trabajo exhaustivo por las almas, dejando a su divina providencia el cuidado de su salud. Se ve cómo el Corazón de Jesús admitió ese compromiso cuando en la misión dada en Facinas, pueblecito de Cádiz, soportó cuarenta grados de fiebre sin tener que faltar a ningún acto de la misión. Decía el párroco que le vio hacer oración durante la noche con esa fiebre y que sólo le permitió como alivio que le diese un baño de pies con agua caliente. Al terminar la misión hubo de ir a la residencia a guardar cama unos días. En carta a su hermana le narra cómo le fue posible hacerlo. Y no fue la única vez. De ahí se deduce la fuerza que en su vida y en su apostolado tuvo que tener la oración. «No tenemos más oración que la que Dios nos da», decía a una de sus colaboradoras, indicándole cómo lo extraordinario sólo viene de Dios. Nunca escribió nada acerca de su espiritualidad, pero de sus cartas a religiosas se comprende cómo era hombre experimentado en el trato con Dios, llegando a gozar de dones de consolación, usando términos ignacianos, explicables y necesarios en un hombre que se exigía tanta abnegación en todo lo corporal.

Hemos dicho que debió gozar de dones de oración, pero no fueron sólo esos. También, como era patente a todos los que le trataban, estuvo asistido por algunos que le facilitaban poder resistir tanto esfuerzo y otros que redundaban en bien del prójimo. Teniendo, pues, una visión de conjunto de lo que fue su vida y su obra, parece que no hay que esforzarse para hacer comprender que la fama de santidad, que como un constante halo le rodeaba, era extraordinaria. Cuando iba por la calle, la gente se detenía y se volvía para mirarle. Se podrían contar casos curiosos, como aquél en que preparados los asistentes al comienzo de una misión sobre la santidad del que tenía el sermón de entrada y dejándole cortésmente el Padre a su compañero ese honor, mientras él se recogía con humildad junto al altar, salían aquellos diciendo “¡el que es en verdad santo es el otro!”. Y ya casi al final de sus días, el párroco de Sanlúcar de Barrameda decía que la misión predicada allí entró en las almas más por la vista que por la palabra, aludiendo a ese porte de santidad de un hombre verdaderamente de Dios que llevaba a la conversión con sólo verle.

### Hacia el cielo

De esta forma, el 18 de julio de 1926 entregaba su alma a Dios en Málaga, adonde le trasladaron desde Algodonales, pueblo de la sierra de Cádiz, donde estaba predicando. Su devoción a la Sma. Virgen que había sido otra de sus constantes en la

vida interior, se puso de manifiesto cuando dijo al hermano que le velaba el día de la Virgen del Carmen, penúltimo de su vida: « Creí que me ponía loco esta noche, pero la Santísima Virgen me ha puesto bueno para que reciba al Señor». ¿Y por qué ese creí que me ponía loco? Pues porque, como ha hecho con otros grandes santos, el Señor permitió que sufriese la llamada noche oscura.

El duelo por su muerte fue imponente. Le lloró toda clase de gentes, no sólo de Málaga, sino de otros muchos sitios por donde había derrochado su bondad y su celo. Sus restos mortales, antes de ser inhumados en la Iglesia de la Compañía contigua a la residencia, fueron llevados, como homenaje póstumo, por las calles céntricas de la ciudad por donde antes había llevado él todos los años la procesión del Corazón de Jesús. Cerró el comercio y fue presidido su entierro por el Sr. Obispo, San Manuel González, y representaciones de todas las clases sociales.

Fue un conocido periodista malagueño quien veintitrés años después de su muerte le llamó APÓSTOL DE MÁLAGA. Y así, con motivo del setenta y cinco aniversario se le ha erigido un monumento público, por suscripción popular.

La fama de santo, atribuida al P. Arnaiz, sigue aumentando cada día debido a la gran cantidad de favores - muchos de ellos de carácter milagroso - que alcanza, con su intercesión ante el Corazón de Jesús. Gran multitud de personas acude a su sepultura a poner flores, dando gracias por los favores recibidos o a pedir nuevamente su apoyo. Pero no sólo atiende a los de Málaga: de muchos sitios de toda España y del extranjero llegan noticias de cómo también se le tiene devoción precisamente porque atiende a todos. Es otra manera de hacer bien, distinta de la que realizaba cuando recorría las calles de los barrios más pobres de las ciudades. Dios sigue valiéndose de su fiel Siervo.

Su beatificación está fijada por el papa Francisco para el día 20 de octubre de este año 2018 en Málaga y él mismo ha nombrado como representante suyo, para ese solemne acto, al Cardenal Angelo Amato.